

FRANCISCO VIDAL

# De brazo en brazo

COR AD COR

didaskalos

7



FRANCISCO VIDAL

# DE BRAZO EN BRAZO

25 ABRAZOS DEL NIÑO  
JESÚS A LOS SANTOS



*Imagen de portada:* Murillo - Sagrada Familia, alrededor de 1665

Autor: © Francisco Vidal

*Primera edición:* noviembre 2023

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-32775-2023

ISBN: 978-84-19431-26-4

Maquetación: Juan Carlos Adame Alonso

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

# Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	
¿CÓMO TRATAR AL NIÑO? . . . . .	7
1. ABRAZO MATERNO . . . . .	13
2. ABRAZO TEMBLOROSO . . . . .	17
3. ABRAZO CONCRETO . . . . .	21
4. ABRAZO PROVIDENTE . . . . .	25
5. ABRAZO ENTRAÑABLE . . . . .	29
6. ABRAZO DE CARIDAD . . . . .	33
7. ABRAZO GOZOSO . . . . .	37
8. ABRAZO EN POBREZA . . . . .	41
9. ABRAZO DE FE . . . . .	45
10. ABRAZO LUMINOSO . . . . .	49
11. ABRAZO BUSCADO . . . . .	53
12. ABRAZO QUE ELEVA . . . . .	57
13. ABRAZO EUCARÍSTICO . . . . .	61
14. ABRAZO SILENCIOSO . . . . .	65
15. ABRAZO TRANSFIGURADO . . . . .	69
16. ABRAZO EN CAMINO . . . . .	73
17. ABRAZO DE 10 MESES . . . . .	77
18. ABRAZO DE AMOR . . . . .	81

	<i>Págs.</i>
19. ABRAZO COMPASIVO . . . . .	85
20. ABRAZO EXCLUSIVO . . . . .	89
21. ABRAZO HUMILDE . . . . .	93
22. ABRAZO CONTRA EL PECHO. . . . .	97
23. ABRAZO CON ESPINAS. . . . .	101
24. ABRAZO MARIANO . . . . .	105
25. ABRAZO EN LO SENCILLO . . . . .	109
CONCLUSIÓN . . . . .	113

---

## Introducción

### ¿Cómo tratar al Niño?

Cuando aparece un bebé en medio de un grupo de gente lo normal es que vaya de brazo en brazo.

El evangelista San Lucas nos narra, con su mirada llena de misericordia, el encuentro de dos ancianos y Dios, hecho bebé. El Señor les había inspirado que no morirían sin antes ver al Mesías. Y Dios, no solo cumplió su promesa, como hace siempre, dicho sea de paso, sino que además de dejarse ver, como les había anunciado, se dejó abrazar:

*Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con*

*él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel” ... Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén (Lc 2,25 y ss).*

¿Y qué pasó inmediatamente después? Tras haber abrazado al Niño, brotaron en sus corazones de Simeón y de Ana una serie de acciones, una detrás de otra: bendecir a Dios, alabarle y hablar de él a todo el mundo. Este es el proceso que desencadenó aquel abrazo en la entrada del Templo de Jerusalén.

Ante la contemplación del misterio del nacimiento de Jesús conviene que tomemos conciencia de la importancia de abrazar al Niño Dios, de suplicar a María y a José que nos dejen coger al bebé, que nos dejen abrazar su cuerpo blanco y frágil para que también Dios abrace toda nuestra vida con su fragilidad.

Siempre he imaginado en los Ejercicios Espirituales, en todas las tandas a la hora de hacer la composición del lugar e imaginar la escena, a modo ignaciano, que María después de dar a luz y de colocar al Niño, envuelto en pañales en el pesebre, lo pone en brazos de San José, que como padre primerizo no sabía qué hacer. María cariñosamente enseñaría a José a tratar y a cuidar al Niño. Así el carpintero de Nazaret se convirtió, en palabras de San Juan Pablo II, en el Custodio del Redentor.

¿Por qué no imaginarnos así el portal de Belén? De los brazos de María a los brazos de José. De los brazos de José a los brazos de Simeón... ¿Lo cogrían en brazos los magos o los pastores?

San Mateo nos narra en el Evangelio que cuando los magos entraron en la casa encontraron al Niño con su Madre: *“Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; des-*



*pués, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se retiraron a su tierra por otro camino” (Mt 2,11-12). No nos dice que, en sus brazos, pero se entiende.*

Se desencadena también un proceso similar al anterior, pero esta vez más impresionante. Los magos caen de rodillas y adoran. Y le ofrecen regalos. ¿Por qué no pensar que el mayor regalo lo recibieron ellos al poder coger y abrazar al niño como lo hizo Simeón?

A lo largo de la historia la Virgen y San José les han hecho este mismo regalo a algunos de los amigos más íntimos de Dios: los santos. Algunos han tenido la experiencia, con visiones o mociones del corazón de tener en brazos al Niño Dios. Y así como con cualquier niño, Jesús ha ido pasando de brazo en brazo.

Ojalá leyendo estas páginas puedas tú también por un instante tomar entre tus brazos su cuerpecillo delicado y descubrir la grandeza de Dios entre tus manos. Nunca olvidaré aquellas celebraciones de la Nochebuena en nuestra casa de Villaescusa de Haro en Cuenca, cuando el Padre Bidagor SJ, durante la homilía cogía la imagen del Niño Jesús entre sus manos y nos introducía en un diálogo de amor con Él.

¿Nos encontrará María dispuestos a recibir este regalo? Cuidemos la oración pues es, generalmente allí, donde los santos tuvieron esta misma experiencia que ojalá nos pueda suceder a ti y a mí.

---

## **Abrazo materno**

Humanamente parece que uno de los lugares más seguros para un niño después del seno materno son los brazos de la madre. Los primeros brazos que le acogen son los de la madre que abraza y conserva.

Si el seno es seguridad ante lo que no se ve, los brazos lo son ante lo que se ve. En ellos desaparecen los miedos porque uno queda atado ante lo que se avecina peligroso y así uno recupera la seguridad.

Pero también es signo de cariño. Cuando uno es abrazado experimenta el amor como fundamento de todo, además de la propia seguridad. Estoy sereno y seguro porque ahí se me ama. El amor se convierte

en pilar, en fundamento. Así Jesús, como todo niño, del seno de la Madre pasó a sus brazos.

La vida terrena de Jesús comienza con un abrazo de María en Belén y termina con un abrazo de ella en el calvario al pie de la cruz. Después de ser abrazado por ella fue colocado en un pesebre y envuelto en pañales, y así de sencillo comenzaba el recorrido de la humanidad redentora. Tras el abrazo de María comienzan los misterios de la vida de Jesús, cuya finalidad será nuestra redención.

Jesús se deja abrazar por María y comienza a abrazarnos a nosotros con su amor Redentor. Ante el pecado, ante mi pecado, tengo yo también un lugar seguro: los brazos de María- “No tengas miedo, acaso no estoy aquí yo que soy tu madre”, le dijo María al indio San Juan Diego en Méjico.

La vida terrena de Jesús no solo comienza abrazada a María. También culmina de la misma manera, abrazado a ella. Tras su muerte, y muerte de cruz, fue descolgado de ese madero, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Y el fruto bendito del vientre de María fue puesto una vez más en sus brazos.

Ya no era esa carne blanquecina y frágil. Ahora estaba ensangrentada, pero todavía frágil, más aun, abierta de pies, manos y costado. La carne redentora

de Jesús volvía a estar en brazos de su Madre. Carne redentora abrazada por aquella que siempre fue fiel.

Y es que los brazos de una madre están siempre ahí, dispuestos a abrazar. Si me caigo esos brazos me levantan. Si tengo miedo, esos brazos me serenán. Y así esos brazos me sostienen mientras doy los primeros pasos en el camino de la santidad.

Son necesarios estos brazos. En mi camino Madre, te necesito. Para empezar, continuar y culminar mi camino de santidad. Si quiero parecerme a Jesús no puedo saltarme este modo de vivir. Mi camino de santidad pasa por vivir en María, en su regazo y en sus brazos.

Lo más impresionante es que así fue, sin yo saberlo, pues siempre que María abrazaba a Jesús, me abrazaba también a mí, pues estrechaba el cuerpo de Jesús del que yo formo parte ya que somos su cuerpo. Lo quiera o no María me abrazó ya y me sigue abrazando... sigo viviendo en ella.

---

## Abrazo tembloroso

Si los primeros brazos que entrelazaron la carne redentora de Jesús fueron los de la madre, los segundos fueron los del que hacía de padre. Aquel carpintero humilde que no pudo escapar del misterio de Dios porque el mismo Dios contaba con él, fue el siguiente en apretujar sobre su pecho a Aquel a quien tenía que poner por nombre Jesús.

Si San José temía acoger a María “porque la criatura que llevaba en su seno viene del Espíritu Santo”, ¡cuánto más acoger a aquella criatura en sus brazos! Si entonces quería desaparecer del mapa para dejar a Dios actuar y se quedó porque el ángel se lo pidió de parte

del mismo Dios, menudo miedo le entraría ahora al coger en brazos a esa criatura, que encima no era creada, sino engendrada del Padre y de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho que, por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación se hizo hombre.

Con santo temor cogió José en Belén al Señor. De este modo, el carpintero primerizo se convirtió para nosotros en modelo de tratar a Dios. José sabe de sobra que es Dios y no deja de asombrarse ante lo que abraza. ¡Qué gran misterio! La divinidad se deja abrazar, tocar, apretujar por esas manos encallecidas de tantos golpes de martillo y de tanto movimiento de serrucho. Tan sencillo, y tan grande, ¡cómo no asombrarse ante tanta condescendencia de Dios!

Santo temor para coger al Niño Dios y santa admiración ante el gran misterio que esconde. Ahora no son las manos limpias y puras de la Madre, sino las manos rudas del carpintero, de aquel a quién llamará padre porque Dios, el Padre, así lo ha querido.

Pues si Él lo quiere, también lo quiere José, porque su fin en la vida fue siempre hacer la voluntad de Dios, fue un enamorado del querer de Dios.

Comienza para José, en la ciudad de Belén, un camino nada fácil, el camino de su vocación: ser el custodio del Redentor. Custodiar la carne de Jesús,

la carne divina para que Dios pueda llevar a cabo la salvación.

Con José podemos contemplar así, otro significado del abrazo: proteger y guardar ante los peligros. Y Jesús los tuvo desde el principio.

Ante el peligro, los brazos de José ocultaron al Niño ante sus perseguidores. Lo taparon para que no lo vieran y así no lo pudieran matar. Y también taparon los ojos del niño para esos no viera el peligro de la persecución que ya se iniciaba desde el mismo instante de su nacimiento.

Patriarca San José no tema yo abrazar la carne gloriosa de Jesús en la Eucaristía y esté dispuesto a hacerlo como lo hiciste tu con el Niño en el humilde y humillante portal de Belén. Concédeme la gracia de no dejar nunca de sorprenderme y admirar la santidad de Dios colocada en mis manos.



---

## Abrazo concreto

Decía Santa Teresa de Jesús que uno de sus grandes enemigos en la vida de oración fue la imaginación. Esta le jugaba malas pasadas pues cuando se dedicaba a la oración la cabeza se le iba a otras cosas y cuando se daba cuenta le había sacado del encuentro deseado con el Señor.

¿No es esta nuestra experiencia también? Cuántas veces en la oración nos despistamos pensando en otras cosas, a veces incluso importantes, pero que no son lo que toca, que no son Dios, con quien hemos venido a tratar en la oración. Es tan difícil de controlar la imaginación, que Santa Teresa la llamó: la loca de la casa.

Pues bien, un coetáneo suyo, Iñigo de Loyola, que más tarde sería San Ignacio de Loyola, en su experiencia de oración en Manresa, tras su conversión en la casa torre de su querida Loyola y, tras haber hecho penitencia por sus pecados pasados se dio cuenta que le pasaba lo mismo que a Santa Teresa de Jesús con la imaginación. Y Dios le dio una luz: ¿Por qué no aprovechar la imaginación para la misma oración? ¿Por qué no aprovecharse de la loca de la casa para que esta no sea tan loca?

De ahí que, en el método de oración propuesto en el libro de los ejercicios espirituales, escrito en esa época por él, nos dé una clave para usar la imaginación para rezar. Después de haber purificado la intención, hacer un acto de presencia de Dios y darme cuenta ante quién estoy, que es Dios mismo; de hacer un acto de humildad viendo su grandeza y por contraposición mi pequeñez y de haberle hecho una petición, dirá que para rezar podemos hacer una composición de lugar.

¿En qué consiste? En imaginarnos y, por tanto, visualizar en nuestro interior, la escena que queremos contemplar en la oración para participar nosotros mismos en esa escena que hemos visto. Entrar dentro de la escena con la imaginación para ver, es-

cuchar lo que dicen y hacen los personajes. Es lo que él hacía y así nos lo propone hacer a nosotros en cada meditación.

Cuando San Ignacio medita el nacimiento de Jesús en Belén nos ayuda a hacer esto que nos traemos entre manos con estas letras: abrazar al Niño y dejarnos abrazar por él. Esto es posible en la oración.

Después de hacernos considerar “*el lugar o espe- lunca del nacimiento, cuán grande, cuán pequeño, cuán baxo, cuán alto, y cómo estaba aparejado*” nos invita a “*ver las personas, es a saber, ver a nuestra Señora y a Joseph y a la ancila y al niño Jesús después de ser nascido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus neccessidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia possible; y después reflectir en mí mismo para sacar algún provecho*”.

Como si... ¡Imagínatelo! Entra en Belén, mira como María le pasa el Niño a San José y como si estuvieras presente, acércate despacio, en silencio para no despertar al niño y pídele a San José que te lo deje un rato. Mira cómo se fija María, pídele que te enseñe a abrazarlo y dile a Jesús: Gracias por hacerte hombre y venir a buscarme. Gracias por demostrarme que te intereso y que me quieres salvar. Por

eso vienes a mi encuentro haciéndote carne, hombre como yo. Así te puedo seguir, tocar... ¡Que se te escape algún beso! Como hacemos en Navidad, tras la misa del gallo. Bésale los pies como a rey o la carita como al amigo que nunca falla... Con estas palabras o con las tuyas, pero habla con quien, en la oración se ha puesto en tus brazos.

Ante la contemplación del misterio del nacimiento de Jesús conviene que tomemos conciencia de la importancia de abrazar al Niño Dios, de suplicar a María y a José que nos dejen coger al bebé, que nos dejen abrazar su cuerpo blanco y frágil para que también Dios abrace toda nuestra vida con su fragilidad.

Ojalá leyendo estas páginas puedas tú también por un instante tomar entre tus brazos su cuerpecillo delicado y descubrir la grandeza de Dios entre tus manos.

¿Nos encontrará María dispuestos a recibir este regalo? Cuidemos la oración pues es, generalmente allí, donde los santos tuvieron esta misma experiencia que ojalá nos pueda suceder a ti y a mí.